

—Pero si ya te he dicho que eran dos borrachos... Ese maldito tío Pedro, es el corruptor del mundo.

Y ambos quedaban en silencio, abstraídos; él pensando en su sobrina sin poder explicárselo: ella, acometida por extraña inquietud.

La comida fué triste, más triste que de ordinario; la tarde pasó sin incidentes, monótona, funeraria: la campiña que en mayo parecía un edén, antojábase ahora desolado cementerio.

Cuando escucharon el toque tímido, argentino, de la campana de la iglesia, que vibraba en el silencio del ambiente, llamando al rosario, acordáronse de que era sábado, y pensaron en el padre Matías.

Había anochecido ya, cuando el viejo sacerdote, envuelto en su sotana, empapado, temblando de frío, llegó al huerto.

La señá Juana en persona le recibió, quedando sorprendida al ver que él, que apenas podía articular palabra á causa de la fatiga, la interrogó ansioso:

—¿Ha vuelto Rosario?

Titubeó, no sabiendo qué responder, con los ojos bajos: mas al hacerse dueña de sus energías, contestó secamente al vicario:

—No señor, no ha vuelto....

—Pero, es que debo advertirte, que se cuenta como cosa cierta haberla visto esta mañana, en las cercanías, con un chiquillo en brazos....

—¿Con un hijo? ¿Y así quería que yo la admitiera? ¡Canalla! ¡canalla!

El padre dió un paso atrás, estupefacto.

—¡Como! ¿Pues no me decías que no ha regresado?

—Sí señor... lo decía... no ha tornado....—murmuró, vacilando, con voz insegura.

El viejo clavó sus ojillos, nada penetrantes por cierto, en el rostro ya rugoso de ella.

—Tú no dices verdad.

En ese momento, el tío Gerónimo, que extrañaba la tardanza de su hermana y el vicario, apareció.

—No sé, padre...., no sé....

—No entiendo . . . Te confieso que no entiendo . . .

El padre Matías ejercía, como en todos los huertanos, —gente supersticiosa y un si es no es fanática,—una gran influencia en la señá Juana; por eso es que ésta, considerando al vicario como un representante de Dios, le respetaba en grado superlativo, y obedecía sus consejos á la letra.

—Juana, tú mientes, lo veo claro, lo comprendo; Rosario ha venido: es en vano que lo niegues.

El tío Gerónimo, demudado el rostro, temblorosas las manos, los ojos llenos de lágrimas de alegría, lanzó un grito.

—Sí, es cierto que ha vuelto: pero mi puerta ha permanecido cerrada y permanecerá así siempre, cuando á ella llame la perdida . . .

Y á continuación desahogó la amargura tantas veces contenida en su pecho: refirió la huída de su hija á quien quería, con un ebrio, discípulo del pillo que se llamaba Chano; su deshonra; los chismes de las gentes; el olvido total en que la tenía Rosario,

que en más de un año, ni siquiera le había escrito un renglón.

Y hablaba sin llorar, firme, con el rostro pálido, impasible, segura de lo que decía; hasta llegar, paso á paso, á su conclusión final, que fué rotunda, terminante:

—Jamás recibiré á esa ingrata.

Los tres se dirigieron á la cocina, y allí, junto á los tizones que chisporroteaban en el fogón, hablaron del asunto. El sacerdote aconsejó la benevolencia, la dulzura. Rosario había sido frágil, había caído: su falta era irreparable; mas, como toda pecadora, era digna del perdón. Y evocó la historia de María de Magdala, la gran cortesana arrepentida, que lavara los pies del Maestro con suaves esencias.

Mas fué todo por demás: la huertana manteníase en pie, sin retroceder un ápice; el tío, con el rostro grave, sufría en un rincón.—Afuera, el aire gemía al atravesar la enramada; las hojas secas arrastrábanse por el suelo, lanzando interminable sollozo, y el cielo negro, preñado de agua, parecido á in-

mensa bóveda de sombras, infundía en la pradera su misterio hondo y triste.

El padre Matías levantóse de su asiento al comprender la inutilidad de los ruegos, de las promesas, de los consejos; y con la faz coloradota y bonachona, ligeramente velada por la tristeza, se embozó en su sotana, que aun chorreaba agua, encaminándose al exterior. Sin embargo, antes de marcharse, con una sonrisa de esperanza en los gruesos labios, dijo á la señá Juana:

—Descuida, mujer, que el perdón no tardará en otorgarlo. Hay que tener compasión de los pecadores.....

Y partió, sintiendo á su espalda el chirriar de la puerta, y la voz sorda de la campesina, que repetía:

—No....., no.....

Caminaba pensativo sobre el barro, hundiéndose hasta las pantorrillas, con la sotana salpicada de cieno, y las manos introducidas en los bolsillos. Reflexionaba en las miserias humanas, en lo que cabía en sus entendederas; en la triste caída de la mujer, irrepara-

ble, dolorosa, que no podía remediarse ni aún con el mismo arrepentimiento.

Aquella pobre Rosario, la cándida niña que conociera hacía tantos años, tan hermosa, tan buena, ahora deshonrada, con un hijo sin nombre, astrosa, hambrienta quizá, inspirábale una profunda tristeza, que hacía que sus ojos se humedecieran de lágrimas.

La carretera estaba sumida en la obscuridad; á lo lejos, veíase una luz pequeña, perdida en las sombras: era la taberna; más lejos todavía, el farolillo de la torre de la iglesia, luchaba con las tinieblas, allá en lo alto, ante la calma impasible del cielo.

Resonaban en el campo lóbrego los pasos desacompañados, irregulares del cura, que daba zancadas por las charcas cual si fueran terreno seco, absorto, combatiendo á solas con su pena.

A lo sumo habría recorrido cien metros, cuando escuchó á la orilla del camino, entre las ruinas de una antigua casa, el lamento débil de un niño, mezclado con ahogados sollozos.

Un raro presentimiento hizo que el vica-

rio se dirigiese al lugar en donde dos seres padecían.

Cuando estuvo cerca, preguntó:

—¿Quién llora?... ¿Quién?...

Un grito le respondió, y sintió que dos brazos helados le estrechaban.

Pasado un instante, una voz que conocía mucho, murmuró:

—Padre..., padre mío....

El viejo, profundamente conmovido, con las lágrimas en los ojos, estrechándola efusivamente, exclamó:

—Rosario..., Rosario..., hija de mi alma....

Y oyeron la voz del viento en la maleza, que parecía dulcificarse.

Ella cogió al niño, que yacía en un rincón del cuarto sin techo, y permaneció de pie, muda, delante del anciano, que en vano anhelaba descubrir en su rostro, rodeado de sombras, las huellas del dolor.

El niño lloraba, azotado por las ráfagas de aire impetuoso.

—Anda, vamos a casa. El pequeño se muere de frío . . .

Movió la cabeza, tristemente; y con voz entrecortada por los sollozos que ascendían a su garganta, contó al cura su doloroso regreso y su último y amargo desengaño.

Sí, estaba cierta de que su madre no la recibiría jamás, de que el odio que hacia ella abrigaba, era inextinguible. — Miserable, hambrienta, con el desgraciado chico en brazos, había llamado a la puerta de su perdido hogar, en noche lluviosa; y lo que no se niega al caminante extraviado, al desconocido que implora albergue, se le había negado a ella: la puerta permaneció cerrada; inútilmente hizo sonar la aldaba repetidas veces, y en vano lloró ahí, ante el muro impenetrable, mezclando sus lágrimas a las de su hijo, que gemía, con el estómago vacío y las carnes a merced del viento.

—Al principio, yo me consolaba pensando que sin duda mi madre dormía, que no llegaban a sus oídos los golpes dados a la puerta; que el día tornaría, que su luz, inundando la huerta, despertaría a todos, y entonces se abriría la puerta ante la cual me arrodillaba: pero un rostro negro, muy ne-

gro, asomó en lo alto de la tapia: luego desapareció, y escuché los pasos de ella, que se internaba en el huerto, muda, impasible ante mi súplica

Calló; estrechaba á su hijo contra el pecho; y con la mano que le quedara libre, secaba las lágrimas que bañaban su rostro.

Suspiraba el viento en los matorrales; rugía el río, pronto á desbordarse; y el cielo estaba obscuro. Lo sombrío de la naturaleza, hacía más triste aquella entrevista.

—¡Ah, señor vicario! Jure usted que no hubiera vuelto, si mi pobre hijo no estuviese enfermo. La muerte se lo llevará, estoy segura; mas yo lucharé con ella: por eso he regresado, á pedir un pedazo de pan y un rincón á esta gente tan mala, tan hipócrita... No me lo negará, porque, ¿quién niega un mendrugo á la madre que pide para su hijo?

Pasó un instante en que ambos permanecieron con el pensamiento fijo en el porvenir. El niño dormía, respirando con dificultad.

El padre Matías hubo de convencerla de que el mejor partido que podían tomar, era

ir á casa de la seña Juana, á implorar su perdón.

—No, no, padre, ella no consentirá.

—Entonces vendrás conmigo á mi pocilga, junto á la iglesia, y santas pascuas. Vamos, obedéceme, y tu hijo se salvará.

Al oír hablar de su hijo, se armó de gran entereza, siguiendo al viejo que iba en dirección del huerto, por el camino enfangado.

Llamó á la puerta con fuerza, cual si quisiera que todos los obstáculos que se oponían á que Rosario ingresara en el hogar, fueran conjurados á puñetazos.

No tardó la seña Juana en preguntar desde el interior:

—¿Quién?

—Yo, que vuelvo hecho un asco,—rugió el vicario, enronqueciendo la voz, que brotaba de aquel cuerpo hercúleo, potente á pesar de sus sesenta años, como la nota de un órgano, grave, solemne.

Una hoja abrióse; él avanzó, resuelto, diciendo á Rosario:

—Pasa, hija

La joven penetró, con el chiquillo en bra-

zos, y, maquinalmente, impulsada por una fuerza desconocida, que ella sentía latente en su pecho, arrojóse á los pies su madre, sollozando.

La seña Juana estaba estupefacta; con mirada vaga, examinaba á su hija, cuyas lágrimas mojaban la tierra. Iba á protestar, á dar paso á su cólera desencadenada, cuando el sacerdote, muy pálido, la detuvo con un ademán.

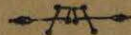
—Ahí la tiene usted, á sus pies, humillada, llorosa, con el arrepentimiento retratado en el rostro, deseando volver al nido vacío, con un hijo hambriento y enfermo.... Ahí la tiene usted, envejecida, lívida, harapienta, presa de la miseria.... Y sería una cobardía muy grande, sí, una imperdonable cobardía, una crueldad inaudita, no tener compasión de ella, no tenderle una mano caritativa.....

Y habló, habló mucho, una hora, dos, con lagrimones tamaños en los ojos, transformando en energía su innata debilidad, en dureza su natural dulce, en bronce la entonación apacible de sus frases, hasta que la

madre rebelde, muy seria, con voz temblorosa, pero sin una lágrima, dijo á Rosario:

—Entra.....

Y como su hija quisiera besar su mano, ella la rechazó, altanera, con orgullo.





XII

En el silencio lúgubre del cuarto, junto al antiguo armario de encino, sentada en tosca silla de paja, cosía á la luz parpadeante de la vela á medio consumir. De vez en cuando, alzaba los ojos hacia el niño, que dormitaba intranquilo en el fondo de la cama, rodeado de almohadas; escuchaba su respiración débil de enfermo, y suspirando, volvía á la labor, con la aguja en la mano, dando pequeñas puntadas en el lienzo rojo.

Cosía una camisita de lana para su hijo, con la esperanza de que sanaría, de que, abrigado, sin hambre, crecería fuerte, lleno de salud, al calor de sus besos.

A veces, dejaba de trabajar, pensativa, vagando su mirada sobre las paredes blan-

cas.—Estaba envejecida: no era ya la Rosario de antaño; su tez, fresca y morena, habíase marchitado: ahora aparecía amarillenta, enjuta; los ojos negros, en otro tiempo de mirar dulce, habíanse tornado sombríos, y se hundían bajo los párpados; la sonrisa apacible que bañara sus labios en la juventud, antes de su primero y desagraciado amor, transformóse, hasta llegar á ser amarga; y las carnes mancilladas, enflaquecidas, se adivinaban bajos los pliegues del vestido de percal. Parecía como que un soplo de desolación y de muerte hubiese pasado sobre aquel cuerpo joven, de virgen criada al aire libre, bajo el sol, junto á la tierra siempre fecunda, que saturaba su organismo de vigor y de vida.

Con el lienzo abandonado sobre las piernas, inmóvil, pensaba en el pequeño. ¿Moriría? ¿Acaso aquella enfermedad artera arrancaría de sus brazos?—Y estas preguntas que se hacía, la torturaban á toda hora, ocasionándola un sufrimiento continuo.

El médico había venido al huerto el día anterior y examinado al ch quillo, sin poder

determinar cuál fuese la enfermedad que le aquejaba. Ni dió esperanzas de aliviarle, ni le deshaució; y esta incertidumbre justamente era la que hacía sufrir á la madre, que ya se alegraba de conseguir el total restablecimiento de su hijo, ó bien sentía en el pecho el dolor punzante de la quizá cercana muerte del que era sangre de su sangre. Cuando este pensamiento revoloteaba en su cerebro, pausadamente, con el aletear del sombrero cuervo, interrumpía su tarea, y retirando de sí con desaliento la camisita de púrpura, llevábase las manos al rostro y sollozaba calladamente, procurando no despertar á nadie con su llanto, allí, en la soledad del cuarto á cuyas puertas rugía el invierno.

Habían pasado tres días, desde que atravesara el umbral del hogar tan deseado, y ya entonces, su madre la designó la sala como su vivienda futura.

Oyó que daban las dos, é intentó acostarse para dormir; fué en vano, porque el sueño había huído de sus párpados desde que su hijo estaba quebrantado de salud.

Acercóse á la cama, y contempló al peque-

ñuelo con inmensa ternura; le arropó; y hubo de posar en su frente un beso tibio.

Pocos instantes después, el niño empezó á quejarse. Rosario le cogió en brazos, al verle llorar, y arrullándole, paseó de un lado á otro de la habitación, temerosa de que el mal se hubiese agravado, anhelando con toda el alma que viniera el día, para que el médico reconociese de nuevo al enfermito.

Salió el sol. El paisaje, súbitamente se animó ante el fulgor enfermizo de los rayos pálidos. Los escuetos ramajes parecían estremecerse, vivir nueva vida ante las caricias del astro que les libraba de la tristeza de los días nublados, en que todo languidece, encadenado al fiero invierno, destacándose del cielo plomizo.—Los lodazales presentaban mil diversos matices al recibir la luz; las aguas de la acequia se deslizaban reflejando los rayos, tranquilas, en silencio casi. El aire frío había cesado, y una inesperada calma cerníase sobre la huerta, que despertaba con mil ruidos, como si fuese aquel un día de primavera, contenta de mirar la faz rubicunda del sol que se elevaba en el cielo

de palidez mate. Aun cuando en la vega dominaba la nota amarillenta, antojábase risueña, como en mayo: los labriegos cantaban, emancipados ya de los días grises; las vacas pastaban en los prados la yerba seca, agitando la cola, con la piel suavemente estremecida por el beso del sol; las ovejas salían de sus rediles, balando, ansiosas de arribar á los potreros cercanos, todavía húmedos por tres días de lluvia, pero que brillaban cual si mil piedras preciosas se escondieran en el césped.

Y contrastando con la alegría de la huerta, estaba la casa de la señá Juana, en donde la pobre madre sollozaba, con el niño en brazos, viendo á la muerte que se acercaba, muda, traidora, para arrancarle al enfermito, que, nacido en la miseria, no podría disfrutar del bienestar del hogar.

El tío Gerónimo, con la tristeza en el semblante, se había sentado delante de Rosario, y adivinaba con rara clarividencia los progresos del mal, tratando, sin embargo, de prodigar dulces consuelos á la afligida mujer, que á cada instante abandonaba á su

hijo sobre la amplia cama de madera, y corría á la puerta, con objeto de ver si el doctor venía.

Por la mañana, muy temprano, cuando la señá Juana se encaminó al mercado, prometió pasar á casa del médico, con el fin de participarle la gravedad del enfermo y acelerar así su partida.

Pero el buen señor no llegaba, y Rosario en vano iba y venía, presa de la más intensa angustia, temiendo que el niño muriese. Casualmente pasó Bonifacio, trotando á lo largo del camino, á la vez que lanzaba sonoros silbidos, y se prestó de buena gana á ir á casa del doctor á traerle.

Mas, para fortuna suya, el chico no tuvo que andar demasiado á fin de encontrar á D. Jaime. Al llegar frente al tabernucho, distinguió á lo lejos al galeno, que, abrigado por su amplio chaquetón de invierno, con bufanda al cuello, y apoyado en grueso bastón, aproximábase.—En tanto que esperaba su llegada, Bonifacio aprovechó la oportunidad para entrarse en casa del tío Pedro, y dar noticias de Rosario á los parroquianos, que mucho se envanecerían de ello.

Por las mañanas, el tráfago en la taberna no era muy grande: el propietario, después de haber lavado el mostrador, llenado las botellas que lucían en el almacén polvoriento, y puesto los bancos en su lugar, sentábase en su rinconcito predilecto, mirando paternalmente á los clientes, que no eran muchos á esa hora, pues sólo los amantes sempiternos del alcohol, visitaban al salir el sol el establecimiento húmedo y negruzco.

Bonifacio halló á Chano, Toño, y tres ó cuatro bebedores más, que le acogieron con palmadas, al saber la causa que ahí le llevaba.

¡Con que el chiquitín se moría! Ya tendría la señá Juana para entusiasmarse con la desaparición del estorbo aquel: y Rosario se vería en la posibilidad de topar con algún varón poco susceptible en punto á honra que la diera su nombre.

—Les juro que la pobre está loca por la enfermedad de su hijo,—afirmaba Bonifacio, al oír el chaparrón de malos conceptos que se desencadenaban en contra de Rosario.

—Bueno; ¿y crees tú que se *planchará* el monigote ese?—interrumpió Chano.

—Es posible.

El antiguo camarada de Julián se puso á dar saltos de alegría.

—¡Borrachera segura, hermanitos! ¡Buen negocio, tío Pedro: vaciará usted un garrafón cuando menos!

Los ojillos del viejo cantinero relucían, y Toño, á horcajadas sobre una silla, ensayaba los pucheros y gestos dolorosos que haría el día en que el pequeño se marchara al otro mundo.

Una tos ronca les hizo volver el rostro. Era el doctor que pasaba. Bonifacio abandonó la taberna de una zancada.

Quando se detuvieron á la puerta del huerto, Rosario saludó á Don Jaime con un grito de alegría, y le condujo á la sala, en donde el tío Gerónimo se hallaba con el niño en brazos.—Bonifacio esperó junto á la habitación, bajo los árboles, *para ver si en algo era útil.*

El doctor auscultó al chiquillo, tomóle el pulso, le miró y remiró, y haciendo un gesto desesperado, dijo en voz baja, tan baja que apenas la pobre madre pudo oírle:

—Esto es grave. . . .

Y á continuación recetó, prometiendo volver en la tarde, mientras que Rosario, con el enfermo en su regazo, sollozaba fuertemente.

—No llore usted,—murmuró volviéndose hacia ella.—Quizá tenga remedio; como muy bien puede morir, no es inverosímil suponer que se alivie.

Y luego, con acento dulce, cual si tratara de no herir á la mujer con sus palabras, continuó:

—Si á tiempo hubiésemos combatido el mal, estoy cierto de que le curaríamos. Su organismo está débil, anémico: no tiene gota de sangre en las venas. . . .

Y luego, dirigiéndose con estudiado propósito á la madre,

—¿Le ha criado usted?,—preguntó.

—Sí señor.

—Pues entonces, ó la leche es mala, ó no ha comido usted lo necesario. . . .

Bajó los ojos, avergonzada, como si ella fuese la culpable del estado del chico.

Y el médico salió, despidiéndose afectuosamente, introduciendo en su bolsillo el tostón que el tío Gerónimo le deslizara en la

mano. El viejo hubo de acompañarle hasta la carretera.

Al quedarse sola Rosario, el dolor que sentía en el alma recrudecióse, y experimentó impulsos no de sollozar, que los sollozos no alejaban de su pecho el enorme peso que sentía, sino de gritar, de clamar contra aquella muerte infame que en breve se llevaría á su hijo.

Y pensó en Julián.

¡Sí, él era la causa de todo, él quien había matado con hambre y palizas á su hijo cuando ella estaba en cinta; él quien les había negado el pan por saciar su vicio oprobioso!

Pero, ¿y ella? ¿No era su obligación amamantar al pequeño? ¿No era su deber alimentar á aquel sér con la leche que manaba de sus entrañas?

Y desesperada, loca, desabotonó la blusa que la cubría, sacando hacia afuera los dos pechos, no erectos, pletóricos de vigor como en la mocedad, sino débiles, exangües, caídos hacia abajo. Apretó, y apenas si un chorro sutil de blanco líquido manchó su falda. —¡Ah, si pudiera salvar á su hijo con aque-

llos pechos!—Y los miraba con desesperación, cual si quisiera destrozarlos, dar de beber al enfermo sangre en vez de leche. ...

Ella, tan resignada de ordinario, crefáse herida en su orgullo de madre, al considerarse impotente.

¿Y si llamara á una nodriza?—No, ya era tarde, muy tarde, y si el niño curaba, sería por milagro del buen Dios.

Y acometida por un ímpetu de furor religioso, mezclando el ruido de sus sollozos con el lloriqueo de su hijo, arrodillóse ante una imagen de la Mater Dolorosa, pidiendo salud para él, enloquecida, temblorosa, aterrada ante la próxima desaparición del bebé amado.

Así la encontró el tío Gerónimo, al regresar, y ambos lloraron á solas en el cuarto, confundiendo sus lágrimas el hombre envejecido por los años, con la mujer envejecida por el sufrimiento.

Al atardecer, la huerta volvió á su tristeza de antes, atemorizada ante la muerte del sol, como si temiera que los rayos benéficos no tornaran jamás á devolverla sus frondas y sus flores, sus céspedes y sus prados.

El crepúsculo teñía el cielo de colores vio-

láceos: eran franjas que se extendían sobre el azul tenue, haciendo palidecer las nubecillas que semejantes á copos de espuma flotaban en el espacio. — Por el oriente, asomaban nubarrones plumizos, que no tardarían en avanzar, conquistándolo todo, invadiéndolo todo.

Y aquello hacía más dolorosa la caída de la tarde: las nubes negras, impávidas contemplaban el descendimiento del sol, que despedía un resplandor macilento; triste sonrisa de nostálgico.

Por la puerta entreabierta, penetraba una claridad indecisa, incapaz de luchar con las confusas sombras de la habitación.

El niño cesó de llorar; súbita calma establecióse. Hallábase con la carita lívida apoyada en el hombro de su madre, con una mano, á través de cuya epidermis se transparentaban las azuladas venas, sobre el pecho extenuado que le amamantara, respirando débilmente.

Rosario sintió que un suave estremecimiento se transmitía á su cuerpo, y que el rostro del enfermito tornábase helado.

Dió un grito; espantada, miró: había in-

clinado la cabecita sobre su hombro, para no levantarla jamás.

Ahí estaba, exámine, inerte, con la inmovilidad del no ser, dormido para siempre.

Un pálido rayo de sol que atravesó la puerta, vino á posarse sobre la frente del muerto; y la madre, desolada, agitada por los sollozos, le miraba, le miraba, largamente, largamente. . . .

Dos horas más tarde, el chiquillo reposaba en una diminuta cama formada por bancos y tablas. Su cabeza, en la cual apenas comenzaba á nacer el pelo, un pelo de azabache, como el de su madre, sedoso, brillante, se hundía en la ancha almohada blanca, cuya nitidez contrastaba con el color marmoreo de su carita infantil. Los harapos que ocultaran la miseria de sus carnes, aun le cubrían: había pasado sin transición casi, de la estrechez á la muerte; y ésto hacía más penoso el infortunio de la joven, que en los girones de vestido que envolvían el cuerpo inanimado, veía toda una época.

La pieza hallábase solitaria: en un rincón, escondida en la penumbra, gemía ella, con

el corazón destrozado por la muerte del niño.

El tío Gerónimo, llorando, apoyado en su nudoso bastón, había partido una hora antes, rumbo á la iglesia, con objeto de dar aviso de lo acontecido al padre Matías, y comprar de paso las velas necesarias para alumbrar al difunto.—Entretanto, en el huerto, ya sombrío, siervo de la noche, aullaba el perro fatídicamente, y allá dentro, en la sala obscura, resonaban los ahogados sollozos de la mujer ante el bebé inmóvil.

Hacia las siete, la seña Juana entró en casa, precedida del burro. Sentía alguna tristeza al pensar en el sufrimiento de su hija; pero, sin embargo, era incapaz de dominar la vaga alegría que germinaba en su pecho al reflexionar que aquel niño, que por más que tuviera algo de su sangre, era hijo de un bribón, había fallecido.

Cuando penetró en la sala, Rosario se abalanzó á su cuello, derramando muchas lágrimas.

—¡Madre! ¡Madre!

Y al oír aquellos gritos de intenso dolor, no experimentó nada; ninguna de las fibras

de su corazón vibró: y contentóse con posar una mano sobre la cabeza de la muchacha, fría, tranquila, aunque sintiendo un inexplicable remordimiento por su propia indiferencia.

Algunos instantes más tarde, presentóse el vicario, conmovido, con el rubicundo rostro bañado en sudor, y prodigó á la triste madre dulces consuelos.

¡Dios quiso llevárselo! ¡Qué remedio; había que darle las gracias! Y cuando ella, que le concibió, subiese al cielo, después de haber pasado por el purgatorio, en donde sus culpas se botarían con llamas, vería al niño formando parte del cortejo de querubines que acompañara á la Virgen, con su vestidito blanco y una aureola resplandeciente que rodeara su cabeza.

Rosario, al escuchar las palabras del sacerdote, no podía resignarse á la pérdida de su hijo, á la desaparición completa del único sér que la querría en la tierra: de su madre, estaba separada moralmente, lo comprendía, y nunca más recuperaría en su corazón el viejo puesto; en cuanto al tío Gerónimo, no tardaría en reunirse al niño. Y ella se quedaría sola, sola . . .

Encendieron las velas, y una incierta claridad se esparció por el cuarto. El pequeño, en medio de los cuatro delgados cirios pegados en los ángulos de la cana, parecía dormir, con el rostro lívido, los ojos cerrados, y las manos puestas sobre el pecho.

Una turba silenciosa se introdujo en el rústico cuarto: todos llevaban flores, tristes flores de invierno, sin perfume, que derramaron á manos llenas sobre el cadáver. Parecían sombras que se deslizaban sin ruido, de puntillas, deteniéndose un momento ante el lecho mortuorio, para ir en seguida á amontonarse en los rincones, sentados en el suelo, cambiándose palabras en voz baja.

Todos estaban ahí: mozas y mozos, niños y viejos, la señá Tomasa, la eterna rival de la dueña del huerto, Tofío, Bonifacio, Chano, con cierto aire de suficiencia. No parecía sino que los odios y las hablillas terminaran junto al cadáver del niño.

El cuerpo inerte desapareció ante aquella avalancha de pétalos y de hojas: ya sólo quedaba fuera el rostro, sereno, pálido, destacándose de la piadosa ofrenda de los huerta-

nos, de las flores salvadas de la estación triste.

Débiles rachas de viento frío penetraban á menudo en la pieza, en donde hombres y mujeres se apretaban, acordándose apenas del niño, atentos á Rosario que aun continuaba llorando, en medio de la madre altiva, cuyo seco perfil adquiría mayor precisión á la luz fúnebre de los cirios; del anciano Gerónimo, que reclinaba su frente sobre el bastón, pensativo, y del vicario molesto, que á veces dejaba escapar una frase consoladora.

Y las mujeres querían hablar, saberlo todo, conocer á fondo la huída de Rosario, la suerte de Julián, la actitud de la madre ante la hija deshonrada ya. Y lentamente, con la impaciencia devoradora que las acosaba, aunque revelando calma en sus movimientos exteriores, fueron acercándose, hasta apiñarse alrededor de la familia.

Los hombres se habían puesto de pie, escuchando con socarronería, mientras que veían de reojo á Rosario, pretendiendo encontrar la huella de las caricias brutales, deleitándose en posar la mirada en los pechos

enflaquecidos, que se adivinaban á través del lienzo; en el cuello nervioso y extenuado, en los brazos, en las piernas, que se dibujaban en la raída enagua, en el rostro pálido empapado en lágrimas, de líneas vigorosas.

V aunque la presencia del padre Matías inspiraba general respeto, las preguntas comenzaron á llover, primero veladas, indecisas; más tarde á boca de jarro, descaradas, crueles.—El vicario, al observar aquello, se abrió paso por entre el grupo, llevando consigo á la familia á la pieza inmediata.

Al cerrarse la puerta que les había dado paso, las mujeres sintieron que la rabia estallaba en sus pechos y el pensamiento de abandonar la casa les vino á la mente. Pero la misma curiosidad las retuvo: quizá supieran algo y se disipara aquel misterio que las torturaba día por día, hora por hora, desde el retorno de Rosario.

En cuanto á los hombres, maldito si pensaron siquiera en marcharse: Baco no tardaría en aparecer en el huerto.

La atmósfera se había tornado asfixiante: el olor de las flores, que comenzaban á marchitarse, mezclado con el de la cera que ar-

día, infiltrábase en los organismos de todos los dolientes: á tal punto, que los varones prefirieron salir al huerto, en donde reinaba el frío haciendo contraste con la tibieza de la habitación.

Embozados hasta las narices en burdas frazadas, sentáronse unos en el dintel, otros en los arriates, los demás en las macetas.

Sonaron las ocho en las campanas de la ciudad. El toque de ánimas se esparcía en el aire, en sonoras ondas, melancólico, dejándose oír en toda la extensión del campo, que yacía silencioso, sin un canto, sin un rumor . . . Lentamente, el sonido se fué apagando, hasta que la última vibración moribunda, se perdió á lo lejos.

Llamaron á la puerta suavemente.

Bonifacio se levantó, yendo á abrir.

—Como no sea el tío Pedro . . . —murmuró Toño, atemorizado.

La gruesa figura del doctor se percibió en la sombra. Avanzó precipitadamente hasta detenerse en el cuadro de luz que proyectaban los cirios más allá de la puerta.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

Y permaneció indeciso, sin resolverse á tomar un partido.

—Pero, ¿ha muerto?—repitió, no sabiendo qué decir.

—Ya lo está viendo su merced,—dijo Chano con sorna.

—¡Caramba! no me lo esperaba tan pronto.

—La Virgen nuestra señora quiso llevárselo,—murmuró Toño con acento lacrimoso.

Entonces Don Jaime le miró airado, dando vueltas nerviosamente á su bastón.

—¡Qué Virgen ni qué ojo de hacha! Lo que siento es haber venido hasta acá con esta malhadada noche....

Le importaba un ardite la muerte del chiquillo; lo único que le ponía furioso, era haber llegado tarde para recibir la paga; haber andado, echando los bofes, una legua escasa, para no ganar un sólo centavo.

Empezó á pasear delante de la puerta, gruñendo palabras ininteligibles, mientras que daba fuertes golpes con el bastón en la tierra húmeda.

En ese instante apareció en el fondo de la sala el padre Matías, sombrero en mano, en-

volviéndose en la negra sotana, á tiempo que se despedía de los dolientes.

Al encontrarse con el médico, ambos saludáronse con un apretón de manos; y después de breves momentos de charla, sostenida con monosílabos por el galeno, tomaron el camino de la puerta.

Aparecieron algunas estrellas, que parecidas á ojos brillantes, fulguraban en la negrura del espacio. Arreciaba el frío, y un viento helado, cortante, soplabá sobre la vega, impulsando á los campesinos á estrecharse, liados en sus gruesos jorongos, con los labios amoratados, las narices insensibles, y los gruesos cigarros en la boca.

Chano dijo:

—Por lo visto, en esta casa no se acostumbra obsequiar á los que se desvelan por la muerte de los ajenos.

A lo que un vejete de barbas grises agregó con voz desconsolada:

—El tío Pedro habrá cerrado ya... Tanto le han hecho esperar....

Y suspiraban por el aguardiente, el único móvil que ahí les llevara; pensando en aban-

donar el huerto, ya que su venida había sido infructuosa.

Una idea salvadora brotó en la mente de Toño: ya que la familia se olvidaba de sus deberes para con las visitas, era preciso ir á recordárselos; y tal misión, nadie mejor que Bonifacio podría desempeñarla, por motivo de su gran confianza con los deudos.

El muchacho aceptó de buen grado, y viósele desaparecer, camino de las habitaciones interiores.

En torno de la garrafa de tequila, charlaban amenamente á la puerta de la fúne pieza. Sentían que el líquido comunicaba al cuerpo un calorillo delicioso, y desataba la lengua hasta hacerles hablar mil sandeces sin respeto alguno al muertecito, que yacía tendido entre flores, al resplandor siniestro de las velas, consumidas hasta la mitad, que despedían cera derretida, que se deslizaba á lo largo, en pequeñas gotas semejantes á lágrimas.

Las mujeres roncaban, adormecidas por la tibia atmósfera, reclinadas en el muro; algunas, aun cuchicheaban, con los párpados entornados, pálidos los labios por el insomnio.

Amontonados unos sobre otros, dormían los niños con el sueño regular y tranquilo de la infancia.

Oleadas de aire frío penetraban á intervalos en el cuarto saturado del olor de las flores á medio marchitar y de la cera que ardía, de ese olor peculiar que los campesinos llaman *olor á muerto*.

Y el silencio era interrumpido, á veces, por los gemidos que se escuchaban allá dentro, tras de la puerta, las carcajadas alegres de Chano, que ya se había embriagado, y las conversaciones incoherentes de los demás, inclusive el tío Pedro, que acudió temprano, con el fin de *rescatar su mercancía* á pequeñísimo precio.

Pasaron muchas horas, monótonas, tristes, como todas las de las noches invernales.

La aurora apareció por el orto, envuelta en vaporoso peplo: una claridad ténue, rosada, esparcióse por la vega hasta entonces dormida. Amanecía.

El campo parecía animarse de nueva vida, al contemplar el nacimiento del día: gorjeaban los pájaros; los ramajes amarillentos

se estremecían al soplo del viento, susurrando; extinguíanse los ladridos de los perros. No muy lejos, hacia el río, alzábase blanca neblina, contrastando con el azul turquesa del cielo; y la huerta despedía un rumor inextinguible, vario: despertaba.

Fué sin pompa la salida del sol: tras de los árboles, en el horizonte limpio, sin una mancha, sin una nube, apareció el disco rojizo.

Cuando los rayos invadieron la sala, ya casi nadie estaba ahí: en el centro, hallábase el pequeño difunto, recostado en su lecho de pétalos, alumbrado sólo por dos velas—las restantes se habían apagado,—que lanzaban pálida luz, que agonizaba ante la de día.

De todos los concurrentes, únicamente quedaba una vieja octogenaria, de blancos cabellos, pobladas cejas, boca desdentada, que dormitaba con la cabeza entre las rodillas. En cuanto á los deudos, el tío Gerónimo, rendido por la fatiga, dormía vestido en su cama; la señá Juana, con los ojos casi cerrados por el sueño, intentaba en vano dedicarse á sus labores; y la madre, la pobre madre, con

esa fuerza vital que da el dolor, no lloraba ya, pero, con la cabeza despeinada, extenuado el rostro, permanecía inmóvil en la silla, con los ojos fijos en la puerta que ocultaba al querido bebé muerto, oyendo distintamente el chisporrotear de los cirios, aspirando al mismo tiempo el olor penetrante de las flores marchitas y las oleadas de aire fresco que entraban por la ventana.

A las cuatro debería efectuarse el entierro, al que asistirían la mayor parte de los huertanos, según ellos habían prometido.

El primero en presentarse en el hogar luctuoso, fué el vicario, que desde ese momento hizo compañía á Rosario, procurando distraerla, desviar de su mente el pensamiento de la tumba.

Más tarde, llegaron todas las mujeres que velaran el cadáver la noche anterior; y Bonifacio, seguido de cinco campesinos más.

Todos se agrupaban, silenciosos, en la pequeña sala, echando miradas de soslayo á la pieza contigua, en donde sonaba, acompasada, la gruesa voz del sacerdote que exhortaba á la madre á la resignación.

Cuando las campanadas de las cuatro se

perdieron en el aire, el padre Matías, severo, se detuvo en la puerta, y dijo:

—Vamos....

Bonifacio adelantóse hacia la caja de madera azul que encerraba el cuerpo yerto; ya iba á cogerla, cuando, de súbito, la madre le rechazó, con el rostro bañado en llanto.

Quería ver á su hijo por la vez postrera y nadie pudo impedirselo. Desclavaron el féretro, y el niño muerto, con la carita de color terroso, apareció, envuelto en blanca sábana: le acariciaba, le besaba en los labios, en la frente, en la barba, en los ojos, cual si viviera aún, llamándole tristemente, mirándole con ojos ansiosos, como si fuese á despertar de su eterno sueño.

Cuando el mozo que conducía el ataúd traspuso el umbral, ni los consejos del vicario, ni los ruegos de los presentes, consiguieron que Rosario desistiese de seguir al niño hasta el cementerio.

Con la faz lívida, llorando, acompañó á la fúnebre comitiva que marchaba á paso lento, en el silencio de la tarde invernal.

Por la carretera polvorienta, á cuyos la-

dos elevábanse masas de árboles secos, iba el pobre cortejo, al cual prestaba mayor gravedad la misteriosa somnolencia del campo en invierno, interrumpida de vez en vez por el claro gorjeo de un pájaro, por la charla de un arroyo, ó por el zumbido de las abejas, que cruzaban el espacio agitando sus aureas alas, en busca de una flor á la cual robar el néctar.

Delante, caminaba Bonifacio, llevando la diminuta caja; seguían el padre Matías, que sudaba por todos los poros, Rosario y el tío Gerónimo, que á pesar de sus años y de la reuma, hubo de insistir en acompañar á su sobrina: después las huertanas, con sus trajes de vivos colores, hablando á media voz, contoneándose con orgullo cuando algún caminante se detenía, al paso de la comitiva.

Pausadamente, acercáronse á la taberna y vieron al tío Pedro, á Chano y á otros bebedores, que se apiñaban en la puerta para verles.

Las mujeres les llamaban con obstinación al pasar y ellos se reían, dichosos de ser solicitados, negándose con ironía, dicen-